

para ser precisos)¹⁷, el cual exige al mismo tiempo que defienda la imagen que subsiste en el falso destino del verdadero (para emplear los términos platónicos a los que es tan aficionado Borges), lo mismo que hicieron sus antepasados; posición que refleja a su vez la teoría del eterno retorno que tanto atrae al poeta¹⁸. Es por eso que en momentos de tiranía y de incertidumbre política, Borges anima a la lucha en pro de una restauración civil, y que celebra cálidamente el triunfo de ésta más adelante, aunque sin olvidar nunca su fundamental pesimismo en cuanto al porvenir político latinoamericano.

Es menester dejar bien establecido que aunque los valores que defiende el poeta son *liberales* (*vide* la «Página», el «Poema conjetural» y la oda de 1966), la identificación del destino político del continente con la barbarie resulta en la afirmación de una clase cuyo destino cree Borges que es defender el liberalismo burgués europeo, aunque aceptando al mismo tiempo el caudillismo y el desorden político como males endémicos e irremediables, los cuales es preciso acusar, pero inútil combatir, transformar, erradicar, ya que el ideal histórico del poeta es un orden—perteneciente a otro continente y a otra época—que sabe que no tiene cabida en el mundo latinoamericano. La conclusión de que el liberalismo es imposible sino como ideal termina contribuyendo al afianzamiento de la barbarie—léase dictadura—, de cuya identificación con el destino político latinoamericano se parte como premisa. Es, pues, natural que el tirano de la «Página», como en efecto sucedió con Perón respecto a Borges, no ataque con excesiva violencia esos puños que se alzan contra él en una esquina, pues comprende que, lo mismo que él, también ellos rehúyen la reestructuración radical de esa sociedad.

El proceso a través del cual Borges alcanza esa conclusión ideológica ilumina la estructura de su obra desde nuevas perspectivas. Comenzaremos su examen a través de los ensayos, poemas y viñetas que tratan de personajes protagónicos de la historia argentina.

¹⁷ Repárese en estas palabras: «for nearly the past three years, I have been lucky to have my own translator at my side, and together we are bringing out some ten or twelve volumes of my work in English, a language I am unworthy to handle, a language I often wish had been my birthright» (Autobiografía, pág. 258). O en estas otras: «pocas cosas me han ocurrido más dignas de memoria que el pensamiento de Schopenhauer o la música verbal de Inglaterra» (Epílogo a *El hacedor*, pág. 111). ALASTAIR REID («Basilisks' Eggs», *The New Yorker*, noviembre 8, 1976) observa que, quizá porque Borges ha sido más influido por los escritores anglosajones que por los españoles, tiende a emplear en sus cuentos «English syntactical forms and prose order — making his Spanish curiously stark but easily accessible to English translation. Indeed, translating Borges into English often feels like restoring the work to its natural language, or retranslating it. In his poems, Borges leans heavily on English verse forms and on many of the formal mannerisms of English poetry» (pág. 179). La Autobiografía describe en detalle el linaje británico de Borges, su educación en el idioma inglés, sus lecturas de autores anglosajones.

¹⁸ Véanse los ensayos «La doctrina de los ciclos» (1934) y «El tiempo circular», ambos en *Historia de la eternidad* (Buenos Aires, 1953). Numerosos cuentos y poemas expresan aspectos de la misma preocupación.

II

Borges cuenta en su autobiografía cómo durante su estadía en España en 1920 escribió una serie de ensayos literarios y políticos bajo la influencia de Baroja, *Los naipes del tabur*, donde expresaba ideas anarquistas, librepensadoras y pacifistas de un modo que quería ser violento, pero en realidad era «quite tame» (Autobiografía, pág. 223). También cuenta que escribió un libro de poemas, *Los salmos rojos* o *Los ritmos rojos*, en verso libre y en elogio de la revolución rusa, el pacifismo y la hermandad humana: «Three or four of them found their way into magazines—'Bolshevik Epic', 'Trenches', 'Russia'. This book I destroyed in Spain on the eve of our departure» (*ibid.*); lo mismo que hizo con tantos volúmenes de su obra anterior a 1930, hoy casi imposibles de hallar. Aunque Borges insiste en restar toda importancia a este entusiasmo juvenil, el que recuerde todavía en 1970, fecha de la Autobiografía, los títulos de aquellos poemas que se publicaron en revistas —¿españolas, argentinas?— sugiere que se trata de un recuerdo bastante vivo aún ¹⁹.

De regreso en Buenos Aires, Borges se siente atraído por la Argentina contra la cual habían luchado sus antepasados, la de Rosas y el federalismo (el coronel Suárez murió en el exilio durante la tiranía de Rosas; el coronel Borges luchó en la batalla de Caseros, que puso fin a esa tiranía, etc.) ²⁰. Así tenemos que en el poema «El truco», de *Fervor de Buenos Aires*, las cartas de ese juego evocan «otro país: / las aventuras del envido y del quiero, / la fuerza del as de espadas / como don Juan Manuel [Rosas], omnipotente» (*Obra poética*, pág. 27). En «Rosas», del mismo libro, el poeta se pregunta si el tirano fue en efecto tan atroz como lo pinta su propia familia, concluyendo, en vista del tiempo que hoy «borra su censo de muertes», que «fue como tú y yo / un azar intercalado en los hechos / que vivió en la cotidiana zozobra / e inquietó para felicidades y penas / la incertidumbre de otros». Como Dios sin duda ha olvidado a Rosas, «es menos una injuria que una piedad /

¹⁹ En un trabajo leído en el Congreso de Literatura Iberoamericana de 1975, en Philadelphia, DONALD YATES, quien trabaja en una biografía de Borges, informaba, empleando el testimonio del propio Borges, que ya desde sus días de Ginebra había rechazado éste el marxismo. De hecho, el énfasis de la cita anterior de la Autobiografía cae no sobre la Revolución Bolchevique, sino sobre el pacifismo y la hermandad humana, mencionados también en relación a *Los naipes del tabur*. Esta obra, por cierto, se atribuye al narrador del cuento *El Aleph*, «Borges» (pág. 162), pero su obra, que no logra un solo voto en el Segundo Premio Nacional de Literatura, es ahora de 1943 (página 167).

²⁰ La Autobiografía (pág. 210) cuenta cómo (¿de adolescente?) Borges tuvo que leer *Martín Fierro* a escondidas, a causa de creer su madre que JOSÉ HERNÁNDEZ había sido rosista. RODRÍGUEZ MONEGAL («El *Martín Fierro* en Borges y Martínez Estrada», *Revista Iberoamericana*, 40, 87-88 [1974], 287-302) nota que hasta 1916, con la aparición de *El payador*, de LUGONES, el gaucho era mero representante de la barbarie en vez de arquetipo nacional. RASI (pág. 159) agrega una cita del fragmento «Los espejos velados», donde Borges cuenta que conoció hacia 1927 a una muchacha, nieta y bisnieta de federales, «como yo de unitarios, y esa antigua discordia de nuestras sangres era para nosotros un vínculo, una posesión mejor de la patria» (*El hacedor*, pág. 15).

demorar su infinita disolución / con limosnas de odio» (pág. 37)²¹. En el ensayo «Queja de todo criollo», de *Inquisiciones* (1925), libro que nunca ha permitido reeditar, Borges indaga en el fatalismo característico del argentino, el cual «tiene feliz encarnación en los dos caudillos mayores que abrazaron el alma de Buenos Aires: en Rosas y en Irigoyen. Don Juan Manuel, pese a sus fechorías e inútil sangre derramada, fue queridísimo del pueblo. Irigoyen, pese a las mojigangas oficiales, nos está siempre gobernando. [Este presidente gobernó la Argentina entre 1916 y 1922, y de nuevo desde 1928 hasta su destitución por un golpe militar en 1930; en el período entre sus dos gobiernos, su popularidad e influencia continuaron siendo enormes.] La significación que el pueblo apreció en Rosas, entendió en Roca y admira en Irigoyen, es el escarnio de la teatralidad, o el ejercerla con sentido burlesco» (*Inquisiciones* [Buenos Aires: Proa, 1925], pág. 132). En *El tamaño de mi esperanza*, de 1926, Borges celebra a Rosas como «our greatest male... a great model of individual courage», cuyo sistema político era un auténtico organismo criollo y su policía secreta (la *Mazorca*) una encarnación de la mentalidad criolla (citado por Rasi, pág. 161). En otro ensayo del mismo volumen, Borges compara a Rosas con su antagonista, Sarmiento, a quien rechaza como «a North-Americanized, untamed Indian, who greatly hated and misunderstood everything creole»; decidido a europeizar a la Argentina según la ciega fe propia de un hombre «just arrived to culture and who expects miracles from it» (*ibid.*).

En estas evocaciones de Rosas y su época anteriores a 1930, Borges está sentando las bases de su identificación del destino argentino con la barbarie. Como es natural que ocurra en un hombre de menos de treinta años (Borges nació en 1899), quien hasta poco antes había sentido cierta atracción por el radicalismo político, y cuya salud e inclinaciones más profundas lo precluían del ejercicio de la violencia, ese mundo del caudillo federal ejercía entonces una poderosa atracción sobre Borges. Mas a la larga, éste no puede hallar nada positivo en lo que representó Rosas, pues no es capaz de abstraer el nacionalismo o el populismo que inspiraba (aunque para su propio y exclusivo beneficio) el caudillo y proyectarlo en la dirección de una transformación de la sociedad argentina, de modo que concluye recreándose en la violencia y el culto del coraje, los cuales representaban una especie de escape a su propia condición física y psicológica²².

²¹ En un poema de *Luna de enfrente*, «El año 1840», eliminado de las colecciones de su obra poética, Borges evoca ese año, que marcó el auge de la tiranía rosista, para concentrarse en sus aspectos pintorescos, y pinta a Rosas y sus acciones como la manifestación de creencias y prácticas populares (RASI, pág. 161).

²² Abundan las citas que confirman esta actitud. Escojo éstas, de la Autobiografía: «on both sides of my family, I have military forebears; this may account for my yearning after that epic destiny which my gods denied me, no doubt wisely... As most of my people had been soldiers—even